

**Dime que te cuento y te diré que aprendes**

**Padre Marcelo Rivas Sánchez**  
**www.diosbendice.org**

**“O caminamos todos juntos hacia la paz,  
o nunca la encontraremos.” Benjamín Franklin.**

## **Sin Justicia nunca habrá paz**

Es profundamente hermoso leer en Lucas 1,68-79 el Benedictus que Zacarías, padre de Juan el Bautista, pronuncia al sentir la fuerza de Dios en su vida. Y lo hace con tal fuerza que la traba de su lengua se suelta. “nos visitará el sol que nace de o alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz...” Todo por la entrañable misericordia de nuestro Dios. Él es el sol de justicia.

De esa justicia queremos hablar hoy. De la que da la paz y una paz duradera. Pues de ella depende nuestra salvación y poder terminar, de una vez por todas, con las divisiones y las exclusiones.

Aquí vemos con claridad que necesitamos, cual grito de esperanza, “Ven Señor Jesús no tardes más” No para castigar, mucho menos para pasar facturas, sino para despertarnos y alejarnos de todo lo que nos separa. Es Cristo quien trae la luz que va a iluminar a todos, pues es la vida que alumbra a todo hombre (Juan 1,4) En esa luz podremos observar con claridad la paz tan deseada.

Hay necesidad que nos movamos en torno a esa luz para abandonar los pasos tuertos y desviados que damos por senderos oscuros. Es Cristo como médico a los enfermos para traerles salud. Quiere sanar la soberbia, el enfrentamiento, las divisiones, las constantes ofensas que nos hacen olvidar la familiaridad y la amistad.

Sin justicia habrá oscuridad. Estamos en tinieblas y sombras de muerte, es decir, oprimidos por la espesa ceguera del pecado y de la ignorancia. De ahí que la aparición de Jonás ante los ninivitas para convertirlos (3,1-5.10) Ellos abandonaron su mala vida y Dios entregó su misericordia. Dios no nos abandona, pero tampoco nos violenta. Si lo dejamos actúa. Quiere Dios hacernos caminar por la senda de la verdad que nos ha mostrado y así entrar en la casa de la paz que nos ha prometido.

Por tanto, si no hay justicia. Si los que tienen el mandato para aplicarla son miserables, injustos, delincuentes nacerá la impunidad y en ella cabalgará el enfrentamiento, la rabia y la decepción. Terrible tsunami que nadie podrá detener pues estará cargado de muchas frustraciones.

Es por tanto la hora de la historia de la salvación que toca a nuestras puertas. Nadie, por más lejano que esté, no tiene derecho a cerrar su entrada y mucho menos a taparse los oídos para no escuchar la voz de la esperanza que quiere habitar entre nosotros. En cada palabra “que se conviertan” Que vuelvan a casa y desde allí tomemos conciencia. Ya que Dios no quiere la muerte del pecador sino que viva. Que se convierta y que viva.

Esa justicia tan lejana y tan necesaria.

Lejana porque tiene muchos enemigos. Porque muchos juegan al arrime de la sardina para su propio sartén. De un egoísmo que implica dañar, destruir, ofender, quitar, invadir, culpar, desquite, perseguir...

Necesaria porque, más que cansados, hartos estamos de tanta maldad donde unos, en plena libertad, piensan diferente y son perseguidos; otros en convicción critican y son encarcelados; muchos en apego a la constitución y son despreciados, insultados, relegados, excluidos...

Dios quiere intervenir en nuestra historia para encaminarnos a la unidad y la paz. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian. Es el odio el gran mal que acecha a nuestro país. Es tanto el odio que los que mueren en las calles, los que son atracados y secuestrados se lo merecen.

Es Dios Padre que no olvida nunca su alianza para con su pueblo. De ahí la grandeza de la Navidad donde se actualiza ese amor de un Dios que nos regala a su Hijo para nuestra salvación. El Mesías es la realización de todas las promesas y ansias de la antigua alianza. El es el centro de la humanidad.

En esta tierra se oyen los suspiros y clamores de los hombres que desean vivir en justicia y así poder abrazarse, perdonarse y convivir. Para que junto al Salmo 33 podamos decir: Gustad y ved que bueno es el Señor. Pero quedan algunos rezagados, desobedientes que se olvidan de lo bueno que es Dios y prefieren a las tinieblas. A ellos, junto a San Pablo a los romanos 2, 5, les recordamos: “Si tu corazón se endurece y te niegas a cambiar, te estás preparando para ti mismo un gran castigo para el día del juicio, cuando Dios se presente como justo Juez”

**“El pagará a cada uno de acuerdo con sus obras”  
(Romanos 2,6)**

mrivassnchez@gmail.com  
@padrerivas